
RECENSIONES

VV. AA.

Tipografía y diseño editorial en Zamora. De Centenera al siglo XXI.

Biblioteca Pública del Estado. Zamora, Zamora 2004, 364 pp.

Entre el 16 de diciembre y el 30 de enero de 2005 se ha celebrado en la Biblioteca Pública provincial la exposición *Tipografía y diseño editorial en Zamora. De Centenera al siglo XXI*. Con la misma ocasión se han publicado dos volúmenes, el “facsímil” de Enrique de Villena, *Los doce trabajos de Hércules*, impreso por Antón Centenera en Zamora en 1483, con estudio preliminar de J. Fradejas, ejemplar que perteneció a Pascual de Gayangos y hoy guarda la Biblioteca Nacional de Madrid; y un extenso catálogo dirigido por el propio comisario de la muestra, el arquitecto y diseñador José Luis Gago Vaquero, conocido en la bibliografía zamorana por su estudio sobre el ensanche de la ciudad.

El catálogo, como es norma, se divide en dos partes: ocho trabajos introductorios y el repertorio de obras expuestas (aunque, a veces, supongo que por problemas de tiempo, no ha sido exactamente así).

En el primer texto, a cargo de Gago Vaquero, *Los libros de Zamora*, se recapitula sobre toda la producción bibliográfica realizada en la ciudad del Duero, con algunas catas, en ocasiones prolijas, sobre tipos, letrerías y diseño editorial. Recuerda primero Gago las escasísimas aportaciones que sobre el tenor se han

llevado a cabo en la provincia, destacando la colección de libros zamoranos desarrollada en los años setenta por la Caja de Ahorros de Zamora y exhibida en 1984, una vieja exposición del libro zamorano en 1958 y cierta relación mecanografiada por Bazar Jota Jacinto González S.L. titulada *Zamora en su librería*. Sorprende, por fin, que se cite la publicación del C.E.B. “Ledo del Pozo”, *Los Valles de Benavente y los libros* de agosto pasado, sin mentar la inmediatamente anterior de 2003, *Benavente y los libros*. Claro que sólo como inexplicable *lapsus* resulta asimismo la omisión del *Sinodal de Aguila fuente* (Juan Parix, Segovia 1473) en el orden cronológico de la imprenta en España, máxime después de las celebraciones de Madrid y Segovia (2004).

De lo que no cabe duda es de que Zamora fue una de las pocas y primeras ciudades españolas en publicar lo que hoy denominamos incunables, con impresores como A. Centenera (*Vita Christi* 1482) o Samuel ben Musa e Inmanuel ben Musa que llevaron a los tórculos al menos una obra en hebreo (*Perus hatorah*, un comentario al Pentateuco de *Salomón ben Isaac*, c. 1487, libro rarísimo del que sólo se conservan dos ejemplares).

Habrà que esperar, sin embargo, hasta 1536 para encontrarnos un nuevo impresor en Zamora, el francés Pedro Tovans, procedente de Medina del Campo, que firmó 9 obras en nuestra ciudad antes de trasladarse en 1540 a Salamanca. Tras su marcha serán el librero reconvertido en impresor Juan Picardo junto Agustín de Paz quienes desde 1541 editen algunas obras estimables como las *Crónica Ge-*

cubierto la primera mitad de siglo”.

A los Vallecillo se suman otros impresores de tono aún más discreto cuya relación y obras recoge Gago. Atonía editorial que se extiende a las primeras décadas del siglo XX, sin que se aprecie gran preocupación por el diseño tipográfico más allá de un mínimo aseo de las cubiertas. El cambio se producirá con la incorporación al mundo editorial de Jacinto González (con denominaciones tan conocidas en la provincia como Librería Religiosa, Tipografía Bazar J etc.) introductor de nuevos tipos y sobre todo del control de la calidad del libro en su conjunto, nueva estética que acabará afectando a otros impresores de la ciudad.

Mediados los cincuenta la empresa editorial más conocida son las denominadas Enciclopedias Álvarez, iniciativa del maestro zamorano Antonio Álvarez (1921-2003), que de su labor docente extrajo un repertorio de resúmenes memorizables que alcanzaran un gran éxito.

En las últimas décadas el notable incremento de la actividad editora y la calidad de los trabajos demandados han generado una reorganización del sector: desaparecen los ilustradores de portada sustituidos por la figura del diseñador (A. L. Esteban, C. A. Fernández, T. Barreiro y el propio J. L. Gago, por citar algunos) con competencias en cubierta y maquetación del texto, diseñadores cuya situación y estatus, subraya nuestro autor, no puede todavía darse por consolidada en Zamora.

El segundo estudio del catálogo, obra del bibliotecario de la Nacional de Madrid y también zamorano, L. Ruiz Fidalgo, se centra en *Centenera y Zamora*: su origen y biografía inciertas y su obra saldada con 18 títulos (entre 1481 y 1492) unos impresos con su nombre y otros atribuidos por el análisis de la tipografía, en un momento en que tipos y letrerías de

imprenta, a falta de empresas dedicadas a fabricarlos, tenían un carácter privativo y diferenciado del resto.

Desde la última fecha hasta 1504 el taller sólo produce trabajos menores, remendería, menudencias de los que no se conocen ejemplares pero se sabe de su existencia a través de ciertos documentos de pago. Atonía productiva, piensa Ruiz Fidalgo, que acaso se deba a los negocios que Centenera emprendió a partir de 1492 comprando a los judíos expulsados de Castilla bienes raíces, sobre todo casas; un negocio rentable que posiblemente le distrajo de su actividad editorial, de la que Centenera sólo sería titular y propietario, no técnicamente el impresor, hecho muy habitual en las imprentas de la época, según opinión del autor.

En cualquier caso, entre sus obras destacan *Los Doce Trabajos de Hércules* de Enrique de Villena, que le han dado fama por el uso y calidad de sus 11 grabados xilográficos.

Margarita Becedas González firma el tercer estudio, *La imprenta en Zamora tras Centenera*. Luego de un prometedor arranque, a la muerte de nuestro impresor la escena queda desierta durante 30 años y aunque la actividad tipográfica se retome en 1537 apenas dura hasta 1543, nuevo espejismo editorial que esta vez clausura la imprenta en Zamora durante más de dos siglos (208 años exactamente).

Atraído por el obispo Pedro Manuel se instala en la ciudad P. Tovans que en dos años de estancia deja 9 obras impresas (algunas en colaboración con Agustín de Paz) antes de partir para Salamanca en 1539. Este último formó compañía entre 1541 y 1542 con otro impresor también de origen francés como Tovans, Juan Picardo, con quien edita 3 obras de cierta entidad, una de ellas el comentario latino de Luis de Medina a la obra del médico

neral de España de Alfonso X (versión Florián de Ocampo) o los *Quatro libros primeros de la Cronica General de España* de Florián de Ocampo (1543).

Si el siglo XV se había cerrado con la publicación de 15 libros, el XVI se reduce a 13, presagio del yermo que se avecinaba. Efectivamente, a partir de 1543 desaparece toda producción editorial en Zamora que no se reiniciará -y con gran timidez- hasta 1788. Para cubrir este enorme vacío se ha recurrido a 3 obras impresas “en tres pueblos de la provincia”: *Lectionarium sanctorum ad sacri Cisterciensis Ordinis usum acomodatum*, por Andrés Merchán en el monasterio de Valparaíso en 1603; *Pro Sanctissimi D. N. Papae Pavli V statuto, nuper emisso in confessarios a feminas solicitantes in confesione motae, solutae quaestiones aliquot*, de Rodrigo da Cunha, por Mateo Donato, en Benavente en 1611; y *Libro de los tratados de Christo S. N. y de su santísima Madre*, de Rodrigo de Portillo, por Jerónimo Murillo en Toro en 1630.

Merchán y Murillo son dos editores bien conocidos de Valladolid, especialmente el segundo, “la figura más importante del libro en el Valladolid del siglo XVII” según A. Rojo, que sin abandonar la capital del Pisuerga, imprimió obra en Astorga, Toro y Segovia.

Mateo Donato, en cambio, es un impresor cuya única obra conocida es esta editada en Benavente en 1611. *Pro Santissimi...*, al que Gago dedica apenas algunas líneas de comentario tipográfico, es un manual de confesores para mujeres, obra del obispo de Portalegre, luego de Porto y Lisboa, Rodrigo da Cunha e Silva (1577-1643).

La obra ya fue calificada por L. de Torre (“Curiosidades bibliográficas”, *Revue Hispanique* 1933, 2ème partie, pp. 85-106) como “sumamente rara” por

haber sido incluida en el *Índice de Libros Pohibidos*. En el *Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español* se inventarían 10 ejemplares en Bibliotecas Públicas (otro en la *British Library*), conservándose el volumen de la exposición en la de Burgos, donde también existen otras obras piadosas de R. da Cunha, editados en Valladolid. Estas ediciones aparentemente aumentan las posibilidades de que el citado Benavente sea el nuestro y no el de Ribatejo, en la Extremadura portuguesa, como en algún momento pudiera pensarse. En cualquier caso, la imprenta de Mateo Donato, mientras no haya datos más firmes, podría interpretarse como una oficina itinerante que actuaría por encargo de alguna institución eclesiástica de la villa.

De nuevo en el hilo cronológico de la actividad editorial zamorana, el siglo XVIII no es menos decepcionante que la centuria anterior, “salpicado de pequeños trabajos de escasa importancia y poca calidad editorial” entre los que destaca el taller de Manuel Fernández y muy al fin del periodo (1798) el de Juan Vallecillo, cabeza de una saga de editores que alcanzan la segunda mitad del siglo XIX. El contrapunto a esta penuria lo pondría, sin embargo, la figura del zamorano Jerónimo Antonio Gil (1732-1798)l, uno de los grandes grabadores de las Luces que extenderá en Méjico las nuevas formas de la estampa ilustrada.

El nuevo siglo arranca con la imprenta de Juan Vallecillo quien seguirá realizando con M. Fernández trabajos menores para el consumo local. La actividad editorial de la familia se continúa con Leonardo y Vicente Vallecillo, impresor este último de la *Historia de la nobilísima villa de Benavente* J. de Ledo del Pozo, donde, en opinión del autor, “culmina una trayectoria que se podría decir ha

cedísticos en Zamora y Toro del Catastro de Ensenada (1750-1759), título que ya por sí mismo encuentra difícil acomodo en nuestro catálogo.

La misma señora Camarero, consciente de la anomalía, remite a la autorización expresa del comisario de la muestra para prorrogar un discurso interesante pero con dudosa cabida entre páginas dedicadas a “*tipografía y diseño editorial en Zamora*”. Hay, sin embargo, un aspecto que las justifica (al menos parcialmente), las bellísimas ilustraciones rococó que adornan y encabezan las *Respuestas Generales* del Catastro de Ensenada de la provincia de Toro, frente a la pobreza gráfica, escasez de recursos y falta de imaginación, más que funcionalidad o clasicismo, de las de Zamora, como las define Camarero.

El profesor vallisoletano Javier Cabornero recupera, como ha hecho ya en otras ocasiones, la peripecia de las famosas Enciclopedias Álvarez (*Álvarez: la última enciclopedia*) cuyo epicentro editorial se produjo en Zamora.

Obra de un maestro nacional, Antonio Álvarez (1921-2003), preocupado siempre por tres cuestiones: escritura, dibujo y lectura, para lo que promovió la edición de varios libros de lectura, su enciclopedia surgió de su propia práctica docente y más que conformar una teoría educativa trataba de ofrecer “*una pedagogía real, aplicada y aplicable*”. El proyecto se inicia en 1950 utilizando materiales que Álvarez usaba en sus clases con un criterio entonces poco extendido. La primera edición se publicó en Zamora en 1952 (gracias al impresor Eduardo López María): *Enciclopedia de Primer Grado*, arranque de cualquier saber enciclopédico, que se completaron en 1954 con las Enciclopedias de Segundo y Tercer Grado, convertidas desde entonces en

una referencia para los docentes, hasta alcanzar 167 ediciones.

Su sonoro éxito se debió no sólo a sus aportaciones didácticas sino también a sus contenidos gráficos (tipo de letra) e ilustrativos (muy sintéticos) en los que el autor del texto era al tiempo el de los dibujos. La actividad editorial se mantuvo boyante hasta los años setenta cuando la Ley Villar Palasí, con un ordenamiento de textos individuales por materias, acabó con esta interesante experiencia pedagógica. Los datos son contundentes: entre 1956 y 1966, Álvarez se hace con el 80% del mercado de los libros enciclopédicos, esto es, de sus libros dependió buena parte de la educación general y obligatoria de nuestro país. En fin, recuerda Cabornero, “*estamos hablando de más de 33 millones de libros editados y de cientos y cientos de ediciones y reimpresiones, sin contar los facsímiles en ejercicio*”.

Los estudios introductorias del catálogo concluyen con un sucinto trabajo del diseñador gráfico y profesor del Instituto Europeo de Diseño de Madrid Dimas García Moreno: *Tipografía española. 1900-1936*, ordenado en tres apartados: fundiciones tipográficas, con predominio absoluto de las alemanas (Richard Gans, y Neufville, por citar las más importantes); diseñadores tipográficos, confundidos entonces con los jefes de talleres de matrices, sin ninguna valoración creativa; y finalmente las tipografías que García Moreno clasifica en: tipos clásicos (Bodoni, Ibarra, Cochin, Didot, etc), tipos decimonónicos (variantes, en buena parte, de las anteriores, amén de alguna inglesa etc), tipos modernistas (francesas, alemanas y medievalistas catalanas), tipos Art Deco (con aportaciones renovadoras a partir de fundiciones francesas e italianas), y tipos de Palo Seco (tipografías sin remates que representan las formulaciones más

árabe Mesué, edición encargada por el profesor de la Universidad de Salamanca, Fernando Arce de Benavente.

Trasladado A. de Paz a Astorga, J. Picardo editará todavía tres libros más en 1543. A partir de esta fecha la imprenta se eclipsa definitivamente hasta finales del Antiguo Régimen salvo pequeñas piezas sueltas, obras de algún impresor itinerante. El colapso editorial zamorano se adelanta en medio siglo a la gran crisis que afectará a Castilla desde principios del siglo XVII, debido acaso a su situación excéntrica, al carácter mediocre y provinciano de su iglesia y a la cercanía de Salamanca.

En 1787 el librero de la ciudad Manuel Fernández instala, con apoyo del Ayuntamiento, un taller, pero tuvo que adquirir moldes y matrices en Madrid, todo un síntoma del raquitismo tipográfico de la Zamora del Setecientos donde los pocos autores que tenían algo que decir buscaban las prensas más allá del Duero.

La creación de una imprenta parece vinculada a la necesidad administrativa de dar salida a Órdenes y Reales Cédulas que debían ser difundidas en Zamora; y ese fue el papel desempeñado por Fernández a excepción de una obrita de 24 páginas en verso romance, la *Duero-Machia* del profesor de retórica Manuel Peláez.

Fernández pasó el relevo en 1798 a la familia Vallecillo, formada sucesivamente por Juan, Leonardo, la viuda e hijos de éste y por último Vicente, oficina que por vez primera suministra a la historia de la imprenta zamorana una continuidad hasta la segunda mitad del siglo XIX, aunque por lo común se trate de obras menores, copias legales y edictos del Ayuntamiento o Diputación y novenas o pastorales del obispo.

En realidad, con el nuevo rango provincial, la aparición de nuevas insti-

tuciones como el Colegio de Abogados o el Instituto de Segunda Enseñanza, entre otras, se genera en Zamora una demanda impresa suplementaria que explica la existencia de impresores como Ildefonso Iglesias, Bartolomé Velasco, Nicanor Fernández, y un largo etcétera posterior, especialmente durante la segunda mitad de la centuria.

El helenista y bibliógrafo Vicente Bécara, es autor del tercer estudio del catálogo, *Bibliotecas particulares zamoranas del siglo XVI* donde se pasa revista (a partir de registros testamentarios) y en su caso se identifican tres elencos de libros que pertenecieron a tres notables zamoranos del Renacimiento: el clérigo, bachiller en Artes, Juan de Almaraz, el medico erasmista y coleccionista de arte Pedro de Madrigal y el poeta y doctor canonista Hernando Jiménez.

Bibliotecas importantes todas, con un número superior a los 100 ejemplares (103, 357 y 473 respectivamente), cultas, por la marcada presencia de libros de “humanidad”, abrumadora de autores clásicos, también contemporáneos (Erasmus, Nebrija, etc.), de libros técnicos o de oficio (según profesión), de autores “locales” (López de Villalobos, Florián de Ocampo) o producto de las prensas locales, de Centenera a Picardo, y de libros de lectura no obligatoria, de literatura italiana o vernácula (especialmente Hernando Jiménez).

De *Jerónimo Antonio Gil: nota biográfica*, se encarga brevemente Jaime Moll, experto en la obra de este insigne grabador ilustrado al buril, realizador de punzones y matrices de letterías de la Real Biblioteca, de donde su interés para la tipografía.

Viene después un largo, curioso y “extraño” trabajo, “*un tanto árido*” al decir de su propia autora, Concepción Camarero Bullón, profesora de la Universidad Autónoma de Madrid, sobre *Documentos ha-*

vanguardistas).

Para concluir conviene recordar que una exposición sobre libros no será nunca un record Guinness de visitantes (y menos en Zamora), creo, además, que por suerte. Por tanto debe partir del supuesto de que se trata de una muestra para minorías (no sé si “inmensa minoría”, yo las prefiero “intensas”), de “filobibliones”, curiosos, *amateurs* y amantes de todo pelaje del libro en sí mismo, por raro, bello, local, o por lo que sea. Se trata, pues, un deber moral con la ciudadanía, por encima de cifras, y en ese sentido la Biblioteca Pública de Zamora ha llevado a cabo una labor encomiable.

Otra cosa es la muestra, su instalación, su estilo, sin duda manifiestamente mejorable en su museografía e información al público, poco elocuente. Cerca de 500 libros de la categoría, muchas veces ínfima, de la producción bibliográfica zamorana necesitarían más jerarquía y acaso otro orden, prescindiendo, incluso, de algunos cuya cabida sólo corresponde al catálogo.

En efecto, la memoria, la huella, la cicatriz de toda exposición no es, al cabo, el recuerdo brumoso de sus visitantes sino la constancia gráfica de su relato, el catálogo, un infolio de 435 páginas, obra, desde ahora de auténtica referencia para la historia del libro zamorano aunque formalmente presente algunos problemas.

El cuerpo del libro es un rectángulo, a mi juicio demasiado prolongado, no precisamente φ . La franja interna negra, especie de “pseudocartivana” recuerda algunos modelos de Eric Gill, mientras el diseño de la cubierta parece una variante de un viejo libro de L. Blackwell, *Tipografía del siglo XX*, de GG.

Insólito resulta la sistemática falta de márgenes en un obra sobre diseño editorial cuando todo impreso que se precie

debe ser, por principio, marginoso. Esta angostura se redobla en muchas páginas atiborradas de texto que no invitan precisamente a su lectura; en otras el efecto contrario son vacíos poco explicables, extremos, pues, que difícilmente casan. En las fichas catalográficas, por otro parte, parecen utilizarse reproducciones de fotocopias más que escaneados directos de las obras, lo que empobrece las imágenes.

En suma, creo que el catálogo, a pesar de una expresa voluntad diseñativa, presenta ciertos desajustes, siempre menores, en cualquier caso, para lo que significa la aportación de exposición y catálogo a la bibliografía zamorana.

FERNANDO REGUERAS GRANDE